

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## RECUERDO

En este año que corre, la muerte parece escoger cuidadosamente sus víctimas entre mis amigos predilectos. Después de la conmoción profunda que me ocasionó la tragedia de Santa Agueda, pocas desgracias podrían afligirme tanto como la pérdida de Luis Vidart. No me creería autorizada para comunicar a mis lectores de LA ILUSTRACIÓN esta pena, si no me diese pleno derecho a hacerlo el ser Vidart uno de los hombres de mayor valía, de los escritores más doctos y de los pensadores más originales que en España poseíamos. Consagrar estas páginas a su memoria, no es complacencia de la amistad, sino acto de justicia.

Todos los diarios insertan una reseña de su biografía, y varias publicaciones ilustradas su retrato, rindiendo así tributo merecido al que consagró la vida entera al estudio y a la reflexión, y fué aquí verdadero iniciador de muchas corrientes de ideas que otros divulgaron o ahondaron después. En esto consiste, a mi juicio, la característica de la labor de Luis Vidart y su importante papel en nuestra cultura, ya desde antes de la revolución de 1868. Buzo incansable, investigador apasionadísimo, no era del número de los que adoptan una posición fija, de los que no cambian ni se inquietan; lejos de eso, diríase que el espíritu de Vidart, sediento de verdad y de luz, hallábase siempre dedicado a la investigación afanosa, siempre a la descubierta, y cada año encontraba nuevas marcas que explorar, nuevas campañas que emprender. En este sentido he visto pocas almas más juveniles que la de Vidart, de quien se podría decir que había adivinado lo que Campoamor llama el secreto de la vida: *el acto de nacer todas las mañanas*; y no con el cuerpo, sino con la mente.

Otros hombres — la mayor parte de ellos — no se entusiasman por cuestiones del orden especulativo, sino, a lo sumo, durante cierto período de la juventud: al acercarse a la edad madura, son las cosas prácticas las que les llaman la atención, las que absorben sus esfuerzos y su energía toda. Vidart no sufrió este cambio, que en cierto sentido podríamos llamar descenso; acaso contribuyó a que no lo sufriese la independencia de su desahogada posición, el no verse compelido a luchar por la vida obscuramente y a diario; pero en cualquier situación que se encontrase, su tendencia sería a olvidarse de lo positivo y consagrarse a dar vueltas y más vueltas a los problemas de la metafísica y la ética, o a dilucidar asuntos históricos. Era asaz indiferente a los intereses puramente materiales; y del mundo apenas veía las formas y los accidentes externos, lo plástico y lo tangible, sino lo interno, los conceptos abstractos, las leyes morales, las grandes síntesis y los fenómenos de la idea revelados en el espacio y el tiempo. Por eso no tenía ni vanidad, ni envidia, ni soberbia, ni codicia, ni ambiciones; ni ruines ansias de lucro; y ni en la política, ni en las letras, ni en la vida social le vimos nunca batallar por obtener nombradía, puestos, honores, satisfacciones del amor propio, venganzas, dinero ni poder. Para que Vidart fuese (al fin de sus años y poseyendo tan gloriosa hoja de servicios) individuo de número de la Academia de la Historia, se necesitó que sus amigos le pinchásemos, como suele decirse, y que estimulase nuestra iniciativa la que estaba ya en la intención y en el deseo de todos.

A pesar de este carácter modesto, no era Vidart de los sabios retraídos, huraños y metidos en su concha; antes al contrario, nadie se mostró más comunicativo, más aficionado al trato y roce con sus semejantes, más fácil en conferir lo que leía o pensaba, más abierto y humano entre gentes. De tal modo prevaleció en él esta índole franca y expansiva, que si no se toma en cuenta la labor verbal, no se apreciará debidamente la influencia de Vidart en las ideas filosóficas, históricas y literarias de estos últimos treinta años: influencia harta mayor de lo que creen o afectan creer los que no le igualan en conocimientos y todavía menos en nobleza y sencillez de ánimo. Conversador y discutiendo infatigable, y siempre sobre temas intelectuales (aquí donde hay más propensión a disputar y charlar que paciencia para leer), difundió Vidart bastantes opiniones y conceptos que hoy son patrimonio del público, mediante insensible propaganda, y en este respecto no cabe dudar que sus escritos sólo representan una parte de su trabajo — la única, es cierto, que podría conocer la posteridad, pues lo hablado se lo lleva el aire.

Ostentan los escritos de Vidart (hoy dispersos en periódicos y revistas, en libros que van siendo raros y en innumerables folletos) el sello de la personalidad de su autor, tal cual la he retratado fielmente. Escribió de filosofía, de historia; trazó estudios biográficos sin cuento y críticas bibliográficas; debatió asuntos muy variados, técnicos y científicos, y hasta se ensayó en el drama y la poesía. Su estilo era más persuasivo que galano: no aspiraba a deslumbrar y cautivar, sino a convencer, y la honradez de la intención se comunicaba a la frase, clara, castiza, tersa y adecuada, sobre todo en los escritos históricos y biográficos, lo mejor sin duda de cuanto Vidart produjo. La palabra no era para él instrumento de arte, sino medio de expresar y dar a conocer la verdad, según al escribir la veía en su conciencia; pues Vidart, por la misma seriedad, libertad y sinceridad de sus convicciones, varió *evolucionó* bastante; en política, desde el republicanismismo a la dictadura autocrática, por la cual abogaba últimamente con muy ingeniosas y peregrinas razones; en literatura, desde el semi-romanticismo realista de su grande amigo Fernán Caballero, al naturalismo de Zola y de Tolstoy, de quienes había llegado a ser admirador ferviente; en filosofía, desde el pesimismo determinista a una especie de idealismo místico; de esta evolución final es buen testigo su edificante y cristiana muerte, con todos los Sacramentos de nuestra madre la Iglesia, pedidos por él y recibidos con devoción profunda.

Las principales campañas sostenidas por Vidart son conocidas y algunas memorables. Fué, si no el primero — y quizás pudiera otorgársele la primacía, al menos entre los contemporáneos, — de los primeros defensores y abogados de la existencia de la llamada *filosofía española*, del caudal de investigación propia de nuestra nación, que debiera conocerse por *filosofía hispano-árabe*; idea que después robusteció con datos y pruebas el erudito Menéndez y Pelayo. A Vidart se debió en gran parte, si no en todo, la exhumación de nuestras olvidadas glorias militares y literarias a la vez, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado. Las últimas polémicas de Vidart las ocasionó el centenario de Cristóbal Colón y la serie de conferencias que con tal motivo se pronunciaron en el Ateneo de Madrid. Indignaba a Vidart el error común de que a pretexto de Colón fuese acusada nuestra patria de atroz ingratitud y crueles tratos a un extranjero ilustre; y no creía que los derechos de la verdad deban sacrificarse en el altar de la poesía y la leyenda, y que las pinturas caprichosas y románticas de una figura histórica hayan de prevalecer eternamente. Novelistas y poetas disfrazados de historiadores, como Lamartine y Roselly de Lorgues, habían hecho de Colón un arcángel, un mártir, un santo, un inspirado y un ser fantástico y prodigioso; Vidart emprendió la tarea de ofrecer al público la efigie del Colón auténtico, siempre grande, pero a cuya grandeza hay que asociar nombres de héroes españoles, como los hermanos Pinzones, verbigracia. Aunque la opinión sustentada por Vidart fuese la de la mayoría de los doctos en la materia, la de Fernández Duro, el Padre Cappa, Oliveira Martins, y también en el fondo la de Cánovas del Castillo, el haberse constituido Vidart en su más activo propalador y podemos decir vulgarizador, hizo que contra él se dirigiesen las sátiras, las diatribas y las insulsas chirigotas, reservadas a todo el que lucha con el *misoneísmo* de la multitud. Alguna de estas flechas no enherboladas vino a caer dentro de mi huerto, por haberme yo arrematado al parecer de Fernández Duro y Vidart, y en general de los novísimos críticos de Colón, en mi conferencia sobre *Colón y los franciscanos*; y es indecible el buen humor con que comentábamos tales

desahogos de la prensa menuda; porque Vidart, en confianza, era de alegre y benigna condición, a pesar de sus alardes pesimistas y sus teorías sobre el mal de la vida y la infelicidad.

El instinto de sociabilidad que dominaba en Vidart, le impulsó a intentar constituir en su casa, y bajo la égida de la señora de Vidart, excelente, virtuosa y finísima dama perteneciente a muy linajuda familia de Andalucía, lo que suele llamarse un salón literario. Tal intento fracasó por fin, y tenía que fracasar en estos tiempos de vanidad exasperada y de pretensiones desmedidas; pero Vidart, persona en extremo cortés, cumplido caballero a la antigua española en todas sus relaciones sociales, recibió un desengaño y jamás acertó a darse cuenta de por qué es hoy imposible reunir a treinta o cuarenta personas para leer prosa o versos y hablar de letras y artes, sin exponerse a treinta o cuarenta serios disgustos. Y es que el ideal de Vidart era la asociación, la efusión, el compañerismo de la inteligencia, virtudes y hábitos que van desapareciendo en nuestra vida literaria, tan anárquicamente individualista. Así y todo, y a falta de salón, Vidart consiguió reunir muchos y muy leales amigos, a quienes su falta será doblemente sensible, puesto que en él veían un lazo de unión y en su casa un terreno franco y neutral donde se encontraban los que cultivan las mismas aficiones. Y en la tertulia de D. Juan Valera, tan reducida como atractiva, animada por la encantadora facundia y la amena sabiduría del autor de *Pepita Jiménez*, nuestros ojos buscarán siempre con insoportable tristeza el sitio vacío del autor de *Letras y armas*.

Ya sabíamos que por ley natural le veríamos desaparecer, probablemente antes que nosotros, y sin embargo no nos acostumbramos a la idea de que aquel hombre de entendimiento tan vivaz y de tan fresco espíritu — aunque físicamente quebrantado por los achaques propios de la edad y por el ningún cuidado con que atendía a su salud, — no está ya entre nosotros, no vendrá a darnos su parecer sobre el libro más reciente, el último discurso, el drama estrenado o la flamante teoría filosófica. Vidart era ante todo una inteligencia, un ser pensante, pero también el mejor de los amigos, el más afectuoso, y en mi casa y en algunas otras casas de Madrid su llegada era una fiesta y le querían hasta los perros... No es un modo de decir, no; uno de los rasgos de sensibilidad del excelente Vidart, rasgo transmitido quizás por Fernán Caballero, era el cariño que manifestaba a los pobres animales, nuestros *hermanos inferiores*. Me han dicho que la fatal caída que causó la muerte de Vidart, se debió al movimiento de inclinarse para acariciar en la calle a un misero can abandonado, y no dudé ni un momento de la verdad de esta versión, reveladora de una nota típica en quien fué el más ardiente impugnador y acérrimo adversario de las corridas de toros.

EMILIA PARDO BAZÁN